

Un historiador navarro de la Filosofía

I

PRINCIPIOS DE LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA

Hasta estos últimos tiempos apenas se ha tratado en España de la Historia de la Filosofía. El P. Pou, S. I., testiguaba en 1767 que los españoles no se habían ocupado en ella suficientemente. Menciona cuatro autores a los que mereció alguna atención: Luis Vives habló *de initiis, sectis et laudibus Philosophorum* (de los principios, sectas y alabanzas de los filósofos); Pedro Juan Núñez, de *claris peripateticis* (de los esclarecidos peripatéticos); Benito Pereira, S. I., de *antiquis philosophis* (de los antiguos filósofos). Alude también a Pedro de Valencia, zafrense, pero sin aducir otras indicaciones. Tales cuestiones pueden reputarse, a lo sumo, como capítulos de la ciencia filosófica. El mismo fallo debe darse de lo que se apunta sobre otros escritores.

Pasa por su primer historiador en nuestra España el P. Pou, jesuíta, que dió a los tórculos la obra siguiente: «Bartolomaei Povii e Societate Jesu in Seminario Bilbilitano philosophiae Professoris Institutionum historiae Philosophiae libri XII, quas defendebat Marianus Raimundus Lozano ejus discipulus. Bilbili. Anno MDCCLXIII. Typis Ioachimi Estivarii Reg. Bilbilit. Sem. Soc. Ies. typographi. Praesidium Facultate» (Doce libros de Instituciones de la Historia de la Filosofía del profesor del Seminario de Calatayud Bartolomé Pou, de la Compañía de Jesús, que defendía su discípulo Mariano Ramón Lozano. Calatayud. Año 1763. Imprenta de Joaquin Estevario, impresor del Seminario bilbilitano de la Compañía de Jesús. Con facultad de los Superiores).

Siguió al P. Pou, en los albores del siglo XIX, otro historiador de la predicha ciencia, que no logró demasiado prestigio. A nosotros se nos figura que reclama alguna consideración, así por haber sido el primer español que estampó en lengua castellana la historia de la Filosofía y el segundo que ejerció su pluma en esta materia tan recóndita y arcana a nuestros mayores. Pensarnos que desconoció al P. Pou, no sólo porque no le menciona ni se apropió cosa de él, sino por estas palabras que se leen en la dedicatoria de su libro al Duque de Osuna don Pedro Alcántara Téllez Girón: «Además esta obra por primera tendrá seguramente necesidad de mayor indulgencia tanto respecto a la noticia de los autores de quienes se trata, como de la exposición de su doctrina; por consiguiente es absolutamente indispensable un Mecenaz para que el respeto y atención que a éste se debe le granjee la benignidad que su autor no puede exigir».

II

NOTICIAS BIOGRAFICAS

Decíase el aludido historiador don Tomás Lapeña, o mejor, como veremos, don Tomás de Villanueva Lapeña. En la obra *Escritores Burgaleses. Continuación al Intento de un Diccionario bio-bibliográfico de autores de la*

Provincia de Burgos de Martínez Añibano (Alcalá de Henares, 1930), significan sus autores Ruiz y García Sainz de Baranda, que era sacerdote burgales. Si quieren dar a entender con ello que nació en Burgos, o en el territorio de su provincia, andan descaminados. El señor Lapeña sentía correr por sus venas sangre navarra, como se inferirá de lo que reza su fe de bautismo: «Tomás de Villanueva Lapeña nació en Valtierra el 2 de Diciembre de 1766. Fué padrino en su bautismo el Illmo. Sr. D. José Ramón Rodríguez de Arellano, Colegial Mayor de el de San Ildefonso (de Alcalá), canónigo dignidad de la Santa Iglesia de Toledo, Arzobispo de Burgos, por medio de Don Joaquín de Zabaleta, Presbítero residente en Valtierra, quien con comisión de su Ilma, y representando su persona le tuvo en las ceremonias y acto del bautismo».

Era hermano menor del general don Manuel de Lapeña, de quien afirma el Conde de Toreno que en la gloriosa victoria de Bailén mandaba la tercera división ante la que desfiló la fuerza que estaba a las órdenes inmediatas del general Dupont. Tal vez se educara y formase literariamente al lado de su Padrino. Constia que se bachilleró en Filosofía en la Universidad de Irache el 1785. Joven todavía, obtuvo por oposición un Canonicato en la Metropolitana de Burgos bajo las alas protectoras del Señor Arzobispo. Disfrutando esa prebenda se licenció y doctoró en Filosofía y Teología en la precitada Universidad el 24 de julio de 1794.

En sentir del señor Ibarra, «mucho apreciaba la Excm. Diputación de Navarra en 17 de diciembre de 1801 al Dr. Lapeña. Pedía a S. M., en atención a sus relevantes méritos y eximias virtudes, le dispensara el alto honor de nombrarle (estaba vacante el Priorato de Roncesvalles por muerte en este mismo año del Dr. Felipe Rubín de Celis) Prior de Roncesvalles, para que, siguiendo los estímulos de la sangre, se entregara libremente a dispensar copiosas limosnas, con que se socorren las gravísimas necesidades que frecuentemente ocurren en aquel país estéril. No consiguió lo que pedía la primera autoridad navarra; pero el Rey nombró a otro navarro, no menos ilustre y virtuoso que el Dr. Lapeña: al Dr. Uriz, ilustre por todos conceptos».

En la invasión napoleónica debió afrancesarse o simpatizar con los secuaces de José Bonaparte. Según manifiesta el señor Menéndez Pelayo, en el empeño que tuvo el usurpador del trono de Sen Fernando de que las Cortes de Cádiz le conservasen el título de rey dióse la comisión de conseguirlo al canónigo de Burgos don Tomás Lapeña (a quien ya conocemos como historiador de la Filosofía y plagiarlo de la Enciclopedia) que se presentó en la ciudad gaditana a fines de 1811. El señor Menéndez Pelayo sigue en esto al Conde de Toreno, que explica con lucidez y facundia todo el suceso. «Decaído José de espíritu, y sobre todo mal enojado contra su hermano, trató de componerse con ios españoles. Anteriormente había dado indicio de ser éste su deseo; indicio que pasó a realidad con la llegada a Cádiz. algún tiempo después, de un canónigo de Burgos llamado D. Tomás la Peña, quien encargado de abrir una negociación con la regencia y las Cortes, hizo de parte del intruso todo género de ofertas, hasta la de que se echaría el último sin reserva alguna en los brazos del gobierno nacional, siempre que se le reconociese por rey. Mereció La Peña que se le diese comisión tan espinosa por ser eclesiástico, calidad menos sospechosa a los ojos de la multitud, y hermano del

General del mismo nombre, al cual se le juzgaba enemigo de los ingleses de resultas de la jornada de Barosa... La Peña se abocó con la regencia y dió cuenta de su comisión, acompañándola de insinuaciones muy seductoras».

Nada en absoluto consiguió don Tomás entonces, ni tampoco en otras negociaciones descritas en esta forma por el mismo Ccnde, en el libro 19 de su Historia: «Lo cierto es que en la primavera y entradas de verano se duplicaron los manejos, las idas y venidas, en disposición de que el canónigo Peña, ya mencionado en otro libro (el 15), consiguió pasar a Galicia con el título de Vicario de aquel ejército, resultando de aquí que él y los demás emisarios de José, anunciasen a éste, como si fuera a nombre del gobierno de Cádiz, el principio de una negociación, y la propuesta de nombrar por ambas partes comisionados de que se abocasen y tratasen de la materia siempre que se guardara el mayor sigilo. Debían verificarse las vistas de dichos comisionados en las fronteras de Portugal y Castilla obligándose José a establecer un gobierno representativo fundado sobre bases consentidas recíprocamente, o bien a aceptar la Constitución promulgada en Cádiz con las modificaciones y mejoras que se creyeran necesarias. Ignoraban las Cortes semejante negociación o, por mejor decir, embrollo, y podemos aseverar que también lo ignoraba la regencia en cuerpo».

Reconcilióse sin duda con la monarquía española, porque según el Anuario de 1821 se hallaba condecorado con la Cruz de Carlos III, y se había jubilado en su canonjía. A los 61 años de edad, el 23 de noviembre de 1827, falleció en la ciudad del Arlanzón conforme a lo que se asienta en las Actas Capitulares del Cabildo Catedralicio de Burgos.

III

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Advierte el señor Menéndez Pelayo que a la pluma del señor Lapeña se debe el Ensayo *sobre la historia de la Filosofía*. Su título verdadero y completo es del tenor siguiente: Ensayo sobre la *Historia de la Filosofía desde el principio del mundo hasta nuestros días*. Escrito por el Dr. D. Tomás Lapeña, Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de la ciudad de Burgos. Se constituye de tres tomos en 4.º El 1.º está impreso en la Imprenta de D. Ramón Villanueva, 1806. Con las licencias necesarias. Contiene IV-373 páginas y hoja y media de índice. Comprende 36 capítulos divididos en párrafos. Los capítulos suenan de este modo: 1.º Origen y diversas definiciones de la palabra filosofía y su verdadera definición. 2.º Explicación individualizada del sistema de los conocimientos filosóficos. 3.º Filosofía antediluviana o estado de la filosofía antes del diluvio. 4.º Filosofía de los caldeos. 5.º De los persas. 6.º Judíos. 7.º Arabes. 8.º Sarracenos. 9.º Egipcios. 10. Chinos. 11. Asiáticos. 12. Fenicios. 13. Canadienses. 14. Etiópes. 15. Japoneses. 16. Malabares. 17. Caltas y escandinavos. El Edda. 18. Judíos. 19. Cabalística. 20 Etruscos y romanos. 21. Teólogos. 22 Filosofía hermética. 23. Atomismo. 24. Filosofía corpuscular. 25. Hilozoísmo e hilopacianismo. 26. Filosofía oriental. 27. De los griegos. 28. Secta jónica. 29. Filosofía socrática. 30. Cirenaica. 31. Megárica. 32. Elíaca. 33. Platonismo. 34. Academias. 35. Media. 36. Nueva o tercera, cuarta y quinta.

El segundo tomo se diferencia del primero en estas palabras de la portada: Tomo II. Con licencia. En Burgos, en la Imprenta de Navas. Año de 1807.

Consta de 3 hojas preliminares, 386 páginas de texto e índice. Abarca 12 capítulos repartidos como los del tomo anterior. 1.º Cinismo o secta cínica. 2.º Estoicismo. 3.º Aristotelismo. Noticias sobre Aristóteles. Sus obras. Filosofía natural. Principios de Psicología. Metafísica. Principios de Moral. Física y Política. Mérito. Sucesores de Aristoteles. Restauradores de la filosofía aristotélica. 4.º Filósofos aristotélicos. Escolásticos. 5.º Filosofía verdaderamente aristotélica. 6.ª Filosofía escolástica. Períodos. Filósofos escolásticos españoles. 7.º Pitagorismo. 8.º Eleatismo. 9.º Heraclitismo. 10. Epicureismo. 11. Pirronismo o escepticismo.

El último volumen es como sigue: Tomo III. Con licencia. En Burgos. En la Imprenta de Navas. Año 1807.

Dos hojas preliminares de índice y erratas. Texto: 133 páginas y «lista de los hombres célebres de quienes se da noticia en esta obra de la Historia de la Filosofía, dispuestos sus nombres por orden alfabético». Empieza por Anaxamandro, jónico, y concluye con Zoroastro, persa. Suman un total de 403. Los capítulos suben a 21. El 1.º, Del eclecticismo. 2.º Filosofía de los sincretistas, henóticos o conciliadores. 3.º Eclecticismo moderno. Jordán Bruno. 4.º Cardano. 5.º Bacon. 6.º Maquavelo. 7.º Hobbes. 8.º Campanelo. 9.º Ticho-Brahe. 10. Kepler. 11. Galileo. 12. Descartes y Malebranche. 13. Gasendo. 14. Espinosa. 15. Locke. 16. Leibniz (6 párrafos). 17. Newton. 18. Tomasio. 19. Buffon. 20. Filosofía de Moisés. 21. Filosofía Cristiana. Conclusión y Catálogo.

IV

SU PROPOSITO

Lo que intenta en el presente Ensayo descúbrelo su autor en las cláusulas siguientes: «Leyendo los sistemas de los filósofos griegos y de los pueblos más antiguos, me pareció que sería útil una obra que, reuniendo todas las opiniones, así de los pueblos como de los filósofos, presentase una verdadera Historia de la Filosofía y los progresos del entendimiento humano.... Presenta, pues, ésta, bajo el título de Ensayo sobre la Historia de la Filosofía, las extravagancias del entendimiento y de la ignorancia; los sistemas filosóficos de los pueblos y filósofos desde Adán hasta nuestros días, con una breve noticia de sus principales jefes y de aquellos que más se han distinguido en ellos. Concluyo exponiendo brevemente la relación que Moisés hace de la Creación, como la medida del mérito de lo que han pensado los hombres; pues así como cuanto más se apartan de lo que refiere este inspirado historiador tanto más enormes son sus errores, igualmente se acercan tanto más a la verdad cuanto más análogas son sus ideas a las del Génesis. La moral cristiana, verdadera regla de toda conducta, debe servir también para apreciar cuanto los filósofos han enseñado en materia de Etica, y con este fin y el de hacer ver que no hay cosa, por sencilla y sagrada que sea, de la cual no abuse el hombre, refiero en compendio sus sagradas máximas y una parte de lo mucho que trabajaron los mismos filósofos para deslucirla; pudiendo proponerse como un argumento de su dignidad la pureza que conserva, a pesar de todo el furor de las pasiones y de la rabia de sus enemigos. Al fin de la

filosofía escolástica inserto un Catálogo numerosísimo de los escritores españoles en esta materia, en la que el mas preocupado se ve en la precisión de cedernos la primacía sobre todas las naciones, y con la particularidad de que se puede asegurar, el que han sido los que con más prudencia han manejado las sutilezas escolásticas. Por último mi objeto en esta obra es el mismo que se propuso M. Gedom en su traducción del viaje historico de la Grecia de Pausanias: que es el de hacer ver que nada puede el hombre en materia de religión por sí mismo y que necesita asirse vigorosamente a la revelación... Lo que me ha movido a dedicarme a esta obra ha sido también el deseo de recoger en un manual lo que he hallado en algunas más voluminosas y, por consiguiente, poco proporcionadas para todos, y con tal de que haya aunque no sea más de uno que encuentre en ella alguna noticia que puede ser útil, quedo contento. Poquísimo o nada hay de mi propio fondo; no quiero engalanarme con vestidos ajenos, ni que se me diga: «Hos ego versículos feci tullit (sic) alter honores».

FILOSOFOS ANTIGUOS

En el primer tomo dilucida el señor Lapeña la filosofía de los pueblos y sabios eminentes antiguos. Comienza por ia antediluviana, o sobre lo que algunos hombres pensaron de la ciencia de los Angeies, que se comunicaban con los moradores de este mundo y de la del progenitor del género humano, que para Homio y otros especuladores, sobresalió por la excelencia de su filosofía. En sentir del autor, tuvo Adán la sabiduría divina, fruto de la gracia, muy diferente de la que forja el entendimiento humano y a cuya perfección concurren, a manera de estratos científicos, toda la serie de siglos. Después estudia el saber de caldeos y persas, examinando la ideología de Zoroastro, Histapes, Ostanes y lo que entraña el Magianismo o enseñanza de los magos. En los judíos tan sólo se detiene en la formación de las sectas y reserva para el fin, rompiendo, por cierto, los eslabonas de la tradición, las doctrinas de Moisés y las mixtificaciones y degradación que en ellos introdujeron varios soñadores y hierofantes hebreos. De una manera especial analiza la filosofía de los griegos. Remontándose a la fabulosa, enredada en las mallas mitológicas, descende a revistar la secta jónica, a la que infundieron savia de vida Anaximandro, Anaxágoras, Diógenes, Apoloniata, Arquelao; la socrática, delineando su historia y exponiendo las teorías de Sócrates y sus discípulos acerca de la divinidad, los espíritus y el alma; las cirenaica, megárica, élíaca y el platonismo. Aquí reseña la vida de Platón, su dialéctica, teología, física, psicología, moral, política; habla de sus secuaces y de las Academias de él derivadas. Observa que éstas alteraron las máximas del Maestro y se distribuyeron en antigua, media, nueva o última. Describe a continuación el cinismo, los sistemas de Antístenes y Diógenes; el estoicismo, sus principios generales, lógica, fisiología, antropología, moral, alumnos y sucesores de Zenón y restauradores de la enseñanza estoica.

El capítulo III lo dedica al aristotelismo. Da noticia de Aristóteles, de sus obras, retórica, poética, lógica, filosofía natural, metafísica, fundamentos de su moral, física particular, del mérito y de los herederos del gran filósofo,

de los peripatéticos y renovadores de la sabiduría aristotélica. Tomando pie del Estagirita desenvuelve la filosofía escolástica. Admite este juicio que se ha pronunciado del pensador de Estagira: «Han admirado en él un espíritu elevado, conocimientos vastos y profundos y miras generales; y si sobre la física no ha llevado sus investigaciones tan adelante como se ha hecho hasta el día, ha sido porque esta ciencia no puede perfeccionarse sin el auxilio de la experiencia que depende del tiempo». Reproduce también el parangón que entre Platón y Aristóteles hace el P. René Rapin, S. I. Explana largamente, en 12 párrafos, el pitagorismo; en el 9.º se refiere al renovado por varios admiradores del maestro de Sciros, entre los que enumera a Apolonio de Tiana, de quien asegura que tuvo por historiador a Filóstrato, solemnísimos embustero y que enseñó varios principios científicos que probablemente los usurpó de ios orientales. Examinados el epicureismo y pirronismo finaliza con esta Observación *sobre los filósofos griegos*: «Después de haber estudiado mucho, reflexionado, escrito, disputado, los filósofos griegos concluyen precipitándose en el pirronismo. ¿Es posible que el hombre esté condenado a no saber más que una cosa sumamente dolorosa y ésta con grandísimo trabajo, a conocer que su suerte es morir ignorándolo todo? No, por cierto; la Suprema Sabiduría le ha revelado la religión que le ha de hacer feliz en este y en el otro mundo, y le ha dado el entendimiento para que, por medio de los sentidos, conozca cuanto pueda serle útil o perjudicial y lleve adelante, asido de la experiencia, sus conocimientos físicos hasta el punto que le conviene».

VII

LA FILOSOFIA ESCOLASTICA

Opinamos que desacierta el señor Lapeña al disgregar los filósofos escolásticos aristotélicos de la Escolástica; porque ya confiesa él mismo que en la práctica constituyen una porción brillante de ésta. Ni nos place el que trate de la mencionada filosofía en el aristotelismo. Exige un lugar independiente y distinguido en la historia por poseer fisonomía propia, caracteres relevantes y atributos peculiares. A juicio del autor, se puede dividir la Escolástica en tres períodos; el uno empieza en Lanfran (sic) o Abelardo y Pedro Lombardo, su discípulo, el cual comprende la mitad del siglo XII, en que pareció Alberto el Grande: ésta fué su niñez. El segundo comienza en 1220 y acaba en Durando de San Porciano: ésta fué su edad madura y de vigor. El tercero principia donde el segundo acaba y se prorroga hasta Gabriel Biel, que toca en el momento de la reforma, y éste fué el tiempo de su decrepitud.

Resplandecen en el primer período Guillermo de Champen, Pedro Abelardo, Pedro Lombardo, Roberto Pullo, Gilberto de la Porrea, Pedro Comestor, Juan de Sarisberi y Alejandro de Alés. En el segundo, Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Pedro de España, Rogerio Bacon, Gil Colona y Juan Duns Escoto. En el postrero, Durando de San Porciano, Guillermo Occam, Ricardo Suiseet, Juan Buridan, Marsilio de Inghem, Gualterio Burley, Pedro de Assiac, Juan Wesel Gransfort y Gabriel Biel. Antes, al recorrer los filósofos aristotélicos escolásticos, enumera a Francisco Vitoria, Domingo Báñez, Domingo Soto, Francisco Silveatrio (sic) Ferrariense, Miguel Zanardi, Juan de Santo Tomás, Crisóstomo Javello, los franciscanos Juan Duns

Escoto, Juan Poncio, Juan Zalemander, Claudio Frasen; a los cistercienses Angel Manrique, Bartolomé Gómez y Marsilio Vázquez, Pedro Oviedo, Juan Caramuel Lobkowitz; a los jesuitas Pedro Hurtado de Mendoza, Gabriel Vázquez. Bartolomé Téllez, Francisco Suárez, Francisco Toledo, Rodrigo de Arriaga, Tomás Compton y Carleton y Honorato Fabri, testificando que «la Compañía de Jesús se ha distinguido grandemente en este género de literatura».

Tiene la precaución y cautela de prevenir que «nadie se imaginará que me hubiese propuesto dar noticia circunstanciada de todos los que se han distinguido en esta Escuela, pues para esto serían menester volúmenes inmensos; me he contentado con poner a la vista aquellos que han tenido más reputación». Y lo ejecuta con sumaria brevedad. Copiaremos, en prueba, lo que del Angel de las Escuelas refiere: «Entre los filósofos que florecieron en la segunda época del aristotelismo fué sin duda el más profundo, juicioso y claro Santo Tomás de Aquino. Nació en un pueblo de este nombre en la Campaña, provincia de Nápoles, el año 1313. Su vida y virtudes son demasiado conocidas para que el lector pueda echar de menos estas noticias; es igualmente conocido su Comentario sobre Aristóteles y la exposición de los diez libros de los Eticos y ocho de los Políticos; del primero y segundo de Perihermenias, y primero y segundo de los posteriores Analíticos, de los ocho libros De *physico auditu*, de los De *generatione et corruptione* y de los doce libros de los metafísicos de este filósofo, de su tratado *De Ente et essentia*. de su libro *De causis*, de los cuatro libros de los meteoros, de los tres De *Anima* y de los que llaman De *parva naturalia* del mismo filósofo».

Mira don Tomás, en general, con cierto adusto ceño a los escolásticos. Terminado el Catálogo tripartito de ellos prorrumpe, sin haber hecho otra cosa que citarlos, en estas recriminaciones: «Este método de enseñar y estudiar infestó todas las ciencias y todos los países, produjo una infinidad de opiniones pueriles o perniciosas; degradó la filosofía; introdujo el escepticismo por la facilidad que había en defender la mentira y oscurecer la verdad, y disputar sobre una misma cuestión en pro y en contra, arrumó la verdadera elocuencia; separó a los mejores entendimientos de los buenos estudios, hizo despreciable a los antiguos autores y modernos; retardó e impidió la verdadera inteligencia de las obras y opiniones de Aristóteles; redujo todos los conocimientos a un aspecto bárbaro e ingrato; y últimamente se deduce que su lógica no era más que una sofística pueril; su física, un tejido de impertinencias; su metafísica, un embrollo imposible de entenderse; su teología natural o revelada, su moral, su jurisprudencia y su política, una miscelánea de ideas buenas y malas».

Que hubo excesos entre los escolásticos no puede disimularse; pero hablar con esa crudeza y universalidad, comprendiendo a todos bajo un anatema y negar que hubo entre ellos excelsos pensadores que forjaron un sistema de sólida filosofía es una injusticia soberana. El propio Lapeña parece proclamarlo cuando se refiere a los escolásticos patrios. «En esta parte de la literatura, exclama, ninguna nación puede gloriarse de haber tenido tantos y tan sabios escritores como nuestra España: buena prueba es de esta verdad el Catálogo siguiente aue recogió en la Biblioteca Hispana el sabio Nicolás Antonio, con la particularidad de que nadie hizo mejor uso que ellos de las sutilezas escolásticas.» Arciende a 395 el número de autores de filosofía que

alega. A diversos escolásticos encomia con elogios de buen gusto. De Pedro Lombardo asegura que dió tales muestras de sabiduría en la Universidad de París que mereció le diesen un Canonicato de Chartres y poco después el Obispado de París. A Vitoria le ilarna célebre teólogo; a Domingo Soto le presenta admirado en Trento y autor de muchas y muy apreciables obras sobre diferentes materias; a Crisostomo Javello le denomina insigne por el gran conocimiento que tuvo tanto de la teología como de la filosofía en el siglo XVII; a San Buenaventura le dibuja como un religioso que por la pureza de sus coslumbres, la extensión de sus conocimientos filosóficos y teológicos y la bondad de su carácter se granjeó las primeras dignidades de su Orden y de la Iglesia.

VIII

ECLECTICOS MODERNOS

El tomo tercero se destina en parte al Eclecticismo, que para el autor no es otra cosa que el sistema que despreciando la tradición, antigüedad, consentimiento y autoridad, acepta unicamente lo que ofrecen la experiencia y razón. Dirige en especial su estudio ai eclecticismo moderno en sus corifeos Jordán Bruno, Bacon, Maquiabelo, Hobbes, Lampanella, Ticho-Brahe, Keppler, Galileo, Descartes, Malebranche, Casando, Espinosa, Locke, Leibnitz, Newton, Tomasio y Buffon. Atendiendo al método que adopta se clasifican en tres grupos. De unos expone sus teorías con algunas flores al autor; de otras las expone y reprueba; y de los terceros las expone de tal suerte que parece recomendarlas.

En el primero pueden colocarse Ticho-Brahe, Keppler, Locke. Gassendo, Bacon, Newton. En el segundo Jordan Bruno, Maquiavelo, Hobbes, Campanelia, Espinosa y Tomasio. A Jordán Bruno le considera como precursor de Leibnitz. Poniéndolos en cotejo, aquél semeja un loco que arroja su dinero por la ventana y éste un economista que lo recoge. Juzga a Cardano en esta guisa: «tenía un talento vasto y desarreglado, más atrevido que juicioso, dejándose arrebatar más de la abundancia que de la elección. En la composición de sus obras empleaba la misma extravagancia que tenía en su conducta. A Kobbes aplícale la crítica de Feijóo: «Hobbes es celebrado por su agudeza, pero también detestado por su impiedad; hombre que quiso quitar la deidad al rey del Cielo para constituir deidades de los reyes de la tierra, no reconociendo otras otras leyes divinas O humanas que el mero arbilrio de los príncipes». En lo que mira a Espinosa escribe estas frases: «El origen y punto de los errores de Espinosa se halla en la definición que da de la substancia» y agrega: «Apenas podrá hallarse un sistema más ridículo y lleno de contracciones que este de Espinosa». De Maquiavelo pregona que dió repetidas muestras de inmoralidad; «toda su conducta está declarando el sentido de sus escritos, que distan infinito de las sanas máximas que Cicerón da sobre la política, y la miseria en que vivió es la mejor prueba de que sus máximas tan débiles eran en lo civil como en lo moral». Piensa que Tomasio quita la libertad al hombre, que es lo mismo que quitarle el freno y convidarle a todo género de excesos, asegurándole que no será castigado por sus vicios ni premiado por sus virtudes.

En cambio entona melodiosos cantos en honor de otros eclécticos. Glorifica a Descartes con este ramillete de piropos: «Hasta el tiempo de Descartes el estudio de la naturaleza había estado embotado por el uso universal en que estaban las Escuelas de sujetarse en todo al Peripatetismo. El entendimiento y penetración de este grande hombre conoció pronto el vacío de la antigua filosofía, y lo presentó a la vista de todo el mundo, excitándole a buscar un camino mejor, y ofreciéndose el mismo a servir de guía a los demás. Como todos se hallaban capaces de servirse del método de que él se valía despertó la curiosidad en todas partes siendo este el primer efecto que produjo su filosofía... Su mérito, es menester confesarlo, es grande; las matemáticas y la física le son deudas de muchos de sus descubrimientos; su opinión sobre el akna de las bestias es ingeniosa y muy admisible (!); hizo un gran beneficio a las ciencias exactas excitando a sacudir el yugo de la doctrina aristotélica que era déspota en las Escuelas». Si no se extasía tanto ante la figura filosófica de Malabranche, no deja sin embargo de celebrarle: «Ha sido no más que un cartesiano, pero ha aclarado tanto la doctrina de su maestro que ha extendido mucho más con la viveza de su imaginación y de sus seductoras expresiones. El gran talento del P. Malebranche consiste en tomar de una opinión todo lo favorable para deducir las consecuencias y presentar los principios de perfil, de tal manera que del lado que se perciba, es imposible dejarse de alucinar, y para no caer en sus lazos es preciso atarle corto y detenerlo en sus principios, porque si éstos se le conceden hay mucha más dificultad en poderse defender».

De estas postreras palabras se colige que a pesar de los elogios tributados al patriarca del Cartesianismo no participaba enteramente de sus opiniones. Ni es la única ocasión en que descubre su disentimiento; luego dirá que «igualmente yerra aquel que deshonra la razón desanimándola como hacen los pirrónicos... como los cartesianos y otros muchos filósofos lisonjeándola de que posee una penetración y medida de evidencia que Dios no le ha concedido». Ensombrece también la silueta del filósofo de la Duda cuando escribe: «Descartes, infinitamente inferior a Galileo, le reprende su mejor cualidad, que es la de contentarse con los hechos y demostraciones sin meterse a escudriñar las causas primeras». Encarama a las estrellas al protestante Leibnitz, quien «hace honor a su nación... Su elocuencia sublime se manifiesta en lo que escribió sobre el mundo, sobre Dios, sobre la naturaleza y sobre la alma. Si estas ideas las hubiera propuesto con el colorido de Platón, el filósofo de Leipzig en nada cedería al de Atenas».

IX

CONCLUSION

Corónase el Ensayo con la filosofía mosaica y cristiana. Parecen, a decir verdad, descoyuntadas y desencajadas de su lugar adecuado; pero el autor pretende, como insinuó en el prólogo, «llamar la atención del lector hacia un punto en que se vea la diferencia de los sistemas de los filósofos a la física de Moisés y moral de Jesucristo. Este mismo objeto se propuso M. Pluche en su Historia del Cielo». Al Patriarca y legislador judío le pinta con hermoso colorido: «Historiador divino, insigne poeta, filósofo admirable, teó-

logo y profeta divinamente inspirado. Pontífice Santo y legislador único». En torno a la moral cristiana testifica que Jesucristo quiso enseñarnos sus máximas con los únicos medios que el hombre tiene para ser feliz en esta y en la otra vida». Habla con tino de entrambos asuntos y recuerda en cada uno de ellos los herejes y extraviados que intentaron adulterar y gangrenar la inmaculada doctrina que a manera de rocío celestial nos vino de lo Alto. En esto se hace acreedor a alabanzas porque brilla y resalta la pureza de su fe, y se las tributa el Cardenal Ceferino González encomiando su criterio, antisensualista y antirracionalista (*Historia*, III, 49). Merécelas asimismo sin regateos por su buena erudición. Aduce a cada paso testimonios de los clásicos griegos y latinos, de Homero, Jenofonte, Pausanias, Plutarco, Diógenes Laercio, Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio, Quintiliano, Persio, Juvenal, Plinio, Séneca y del epicúreo Lucano, cuyos versos transcribe con frecuencia. Se guarnece y parapeta con la autoridad de Calmet en su Diccionario de la Biblia, Montfaucon, Fleury, Pluche, Nicolás Antonio, Feijóo, a quien califica de gran crítico, Jamín, Almeida, Masdeu y sobre todo de Moreri a cuyo Diccionario defiere demasiado prestándole excesiva fe. Inspírase en la Enciclopedia francesa y por eso le tilda Menéndez Pelayo de plagiarlo de los enciclopedistas, en Sabbathier, Barthelemi, Bulfinger, Wolf, Kempfer, Rollin, Banage, Abrahan Roges, de la Croce. Más que de quemarse las cejas en la inspección y lectura de las obras filosóficas que conmemora, saco de la mina y cantera de dichos escritores las sentencias y máximas que a ellas adjudica. De aquí, que le califique Bonilla San Martín de poco original (*Historia*, I, 52). Su criterio es algo veleidoso y un poco enigmático. Su enemiga a la escolástica, que palpita en muchas páginas de su obra, se temple con las alabanzas a los autores españoles y con la confesión que las escuelas de su tiempo abrían las puertas a la experiencia y observación.

El señor Monescillo, al fin de la traducción de Bouvier, hace la siguiente observación: «En 1806 publicó en Burgos el Dr.D. Tomás Lapeña, canónigo de aquella Catedral un Ensayo sobre la historia de la filosofía desde el principio del mundo hasta nuestros días. Este trabajo es muy parecido al que ahora nos ocupa, según hemos podido examinar después de tener de él noticia». Aseméjasele en verdad la obra de Bouvier, posterior a la de Lapeña, en la materia y disposición de la misma; pero es más ceñida, perentoria y abundante en los juicios de los sistemas, mucho más extensa en la exposición de la filosofía francesa, mientras que apenas desflora y conoce la riquísima española. Los autores de *Escritores Burgaleses* certifican que el Ensayo «es una obra muy interesante por resumir muy bien la historia de la filosofía». A nosotros se nos figura que en calidad de historia es algo raquítica y desmirriada: querer abarcar en tres tomitos la inmensa historia de la filosofía universal con todos los laberínticos y caprichosísimos sistemas que han brotado del cerebro humano, es querer introducir en el cáliz de una flor todas las aguas de los mares. Pero tendrá siempre D. Tomás Lapeña la gloria y mérito de haber desbrozado en España el camino para trazar un compendio de ella y reclamará las albricias por haber sido el primer historiador en castellano de la filosofía en nuestra patria.

Antonio PEREZ GOYENA.